

Sociedad y paternalismo en *María**

Alguien escribió que cuando hacemos sociología de la literatura casi siempre lo que queda fuera del análisis es lo literario. Y cuando hacemos crítica literaria tradicional o «nueva», comprendemos lo literario, pero lo social resulta excluido. Aquí quisiéramos aplicar ciertas ideas de la sociología de la literatura al análisis de un texto concreto. No se nos escapa que este análisis debiera ir precedido de un introito teórico, tal como han hecho varios de los estudiosos que aplicaron el método a la historia literaria o a la historia del arte¹. Pero una introducción de esa clase supondría un espacio del que carecemos y un examen que no podemos hacer aquí. A cambio de ello hemos preferido algo mucho más modesto: analizar un texto concreto a partir de ciertas ideas generales y ver qué aspectos de ese texto pueden resultar iluminados con ese enfoque crítico.

Se han escrito ya algunos estudios «sociológicos» sobre *María*. Lo que no se ha hecho en tales trabajos es mostrar qué importancia desplazan en la novela esos elementos. En general los estudios se han limitado a señalar estos aspectos en la obra: a) estructura de la sociedad que se describe en el mundo de la obra; b) actitud del autor ante ese mundo; c) de aquí se ha deducido la ideología del autor y siempre (o casi siempre) se ha adoptado ante ese hecho una agresiva actitud de reprobación; d) en otros casos, cuando el autor ha mostrado a través de los personajes una actitud determinada, se ha adscripto esa actitud al autor, y se lo ha juzgado en consecuencia².

* *Rodolfo Borello, profesor y crítico argentino que residió largos años en Canadá, ha fallecido recientemente. Colaborador de CHA desde 1963, entregó el presente trabajo hace unos meses. Lo ofrecemos como homenaje a su memoria.*

¹ Véase el volumen que *Arnold Hauser* dedicó al análisis de los problemas teóricos de la historia social, como introducción a su conocida *Historia social del arte y la literatura*, Madrid, *Guadarrama*, 1968. Y lo mismo, el complejo prólogo a la discutida *Historia social de la literatura española de Carlos Blanco Aguinaga*, *Julio Rodríguez Puértolas e Iris Zavala*, vol. 1, Madrid, *Cátedra*, 1978.

² Los trabajos de esta orientación que conocemos son: *Jaime Mejía Duque*, «*Jorge Isaacs: el hombre y su novela*», en *La novela romántica Latino-Americana. Serie valoración múltiple*, Cuba: *Casa de las Américas*, 1978, pp. 373-442. *Abel E. Prieto*, «*Valoración y*

Quisiéramos aquí volver sobre el examen de algunas de esas manifestaciones de la novela (casi todas reducidas al contenido), para ver cómo esos aspectos han influido decisivamente en la estructura de la obra, en el mundo de la misma y en las ideas últimas que informan el libro³. O sea: más que interesarnos por la ideología del autor o de sus personajes, criticándola con una superficial reacción anacrónica, nos interesa comprender por qué la novela ha sido organizada de una manera y no de otra, por qué ciertos personajes actúan como actúan, por qué otros ocupan en la obra un lugar determinado, por qué el mundo social se escinde en niveles distintos, por qué el Destino (así, románticamente en mayúscula) ofrece a unos la felicidad y a otros la desdicha, etc.

Sociedad paternalista

El mundo social que la novela describe está claramente dividido en dos grupos muy diferenciados: los amos y los esclavos o, para decirlo con menos rudeza: una clase terrateniente y otra de esclavos manumitidos y arrendatarios. En ese mundo la autoridad del propietario es la del dueño de todo (y, por tanto, la del dador de todo) y él representa la Ley, la Moral, la Religión. La posesión de la tierra implicaba la posesión de los que la habitaban. Dueño de los esclavos, una de las obligaciones del padre de Efraín era la atención de sus necesidades, físicas y espirituales. Cuando Bruno y Remigia se casan, el padre les da habitación, dinero para la ropa de la novia, diversión, y es el primero en bailar con la desposada (clara alusión al derecho de pernada, al de padre de la novia, al de reemplazante del novio y una forma de sacralización de la ceremonia). Pero hay más: «Pude notar que mi padre, sin dejar de ser el amo, daba un trato cariñoso a sus esclavos, se mostraba celoso por la buena conducta de sus esposas y acariciaba a los niños» (cap. V)⁴.

Y, antes del casamiento pregunta al futuro esposo: «—Bueno; Remigia y tú estaréis bien confesados» (ibid.). O sea que el dueño y padre no está encargado solamente de la alimentación, la casa y el trabajo, sino que debe cuidar la Moral y la Religión y vigilar su estricto cumplimiento. El narrador, Efraín, siente esa relación como natural y no podía ser de otra manera: había sido criado en ella. Y no es disparatado pensar que Isaacs

clases sociales en la novela María». *Revolución y Cultura*, N.º 14, reproducido en el volumen antes citado, pp. 357-372. Gustavo Mejía, «La novela de la decadencia de la clase latifundista: *María*, de Jorge Isaacs» en *Escritura*, N.º 2 (Caracas, julio-diciembre, 1976), pp. 261-278.

³ Hemos tratado de relacionar lo social con la estructura y el mundo de la obra, no con su entorno.

⁴ Todas las citas remiten a *María*, Buenos Aires, Losada, 1966.

la sentía de la misma forma; él también había nacido y se había criado en un mundo que aceptaba sin problemas. Eso era lo natural para el autor. Lo que me interesa señalar aquí es que no tiene ningún sentido la indignación subyacente con que ciertos críticos se sienten con derecho a juzgar negativamente al autor, por aceptar sin críticas ese mundo; lo raro habría sido lo contrario.

Los de abajo asumen ante los otros la actitud del inferior frente al superior: se quitan el sombrero, toman con la mano el estribo para que el amo y su hijo descendan del caballo, los tratan de *amo* y *amito*.

Tanto Prieto como Mejía Duque se muestran indignados ante la naturalidad del autor frente a esa realidad, del conformismo con que Isaacs la describe y acepta. Que la sociedad sea patriarcal, no pone ni quita nada en la novela. Y aun puede señalarse la muy distinta valoración con que ciertos personajes de la obra tratan la muerte de un perro en la pelea con el tigre (que les produce pena), y la frialdad y desinterés que Emigdio y Efraín manifiestan ante el negrito que tiene un brazo inutilizado por el trapiche de moler caña:

–¿Cómo se averió así el brazo ese muchacho? –pregunté.

–Metiendo caña en el trapiche: ¡y son brutos éstos! No sirve ya sino para cuidar los caballos (pág. 58, cap. XIX).

Lo importante es relacionar esta sociedad patriarcal con la novela misma. Ver cómo esa estructura social determina los comportamientos de los personajes e influye en la trama argumental y en el sentido total de la obra. ¿Por qué esta sociedad paternalista escindida en dos niveles? La primera respuesta, la obvia, es la de que Isaacs entrega una visión *realista* del mundo que conocía, del mundo en el que vivía y que se limitó a describir lo más ajustadamente posible en su obra. Ese mundo era tal como queda allí retratado. Y ésta es una de las facetas de la obra que debe ser aquí destacada, porque ella cumple una función *primordial* en el equilibrio interno del mundo ficticio de la novela. Como tantas otras obras románticas, ésta de Isaacs está también ordenada según una serie de oposiciones internas, que destacan extremos absolutos. Uno de esos extremos es éste de un mundo escindido en amos y esclavos. De amos paternos y de esclavos modestos y cordiales. Unos, los de abajo, pertenecen a la esfera de la Naturaleza, del mundo primitivo y oscuro de la fisiología, las pasiones terrestres y el amor consumado en el lecho y en los hijos.

Éstos son el Pueblo, lo popular, lo costumbrista, lo típico, lo físico y primario, lo unido a la Tierra y a las estaciones, al sexo y a la alegría, al sol y a una forma primaria de felicidad. Son los dueños de una sabiduría no aprendida en los libros, sino transmitida de padres a hijos, de genera-

ción en generación. Son, para decirlo bíblicamente, la sal de la tierra. Ellos ocupan la parte del costumbrismo en la obra y funcionan en ella de manera muy especial; por su diferencia, destacan la otra parte del mundo de la obra, la porción de los que no pertenecen a su nivel.

Frente a ellos y ocupando otro plano, están los habitantes de la casa, los poseedores: el padre, Efraín y María, la madre y la hermana. A ellos pertenece el plano de lo aprendido, del conocimiento científico y literario, de los libros, la cultura como una forma de distinción; de la Desdicha, como otra manifestación de una axiología muy peculiar del romanticismo; de los Deberes, del Deber Ser, de la Conciencia; de las pasiones refrenadas y espiritualizadas, del erotismo vuelto fetichismo, del amor no realizado en el lecho, del amor como tragedia y sufrimiento, de la muerte como constantemente unida al amor y la juventud. De las premoniciones trágicas, de los símbolos y la oscuridad que rodean sus vidas. Poseen todo, menos la felicidad; ésta sería la fórmula que rodea y da sentido a sus existencias.

Esta dualidad divide el mundo de la obra en dos esferas, en dos zonas perfectamente separadas: el mundo en torno, mundo social y mundo costumbrista, feliz y pleno de sol y calor terrestre, mundo de los esclavos, los arrendatarios pobres y los capataces, y el mundo del padre, mundo de la casa paterna, de los enamorados trágicos, de penumbras y dolores, de tragedias premonitoriamente anunciadas a través de toda la obra.

Existe una evidente correspondencia entre nivel social y posibilidad de la felicidad; entre nivel social y acceso a la realización del amor humano; entre riqueza y desdicha, y pobreza y felicidad. ¿Por qué? Ya veremos esto más despacio. Lo que me interesa dejar aquí en claro es que la escisión de la sociedad en dos planos, no es solamente un retrato de la realidad, una manifestación del realismo de la obra, que como siempre en el romanticismo funciona en varios niveles distintos de significación. Por una parte es evidente que este realismo no es deformante; solamente no quiere advertir que vivir como esclavo es una forma de existencia degradada, inaceptable para un hombre cualquiera. Para Efraín (y no veo por qué no ha sido lo mismo para Isaacs) estos esclavos pertenecían a una esfera de la humanidad, distinta a la que a ellos les tocó pertenecer. Eran otra categoría de hombres. Eso es todo. Y como pertenecen a otro nivel, a otra esfera, «funcionan» en la obra de un modo distinto. Y cumplen en ella funciones diferentes.

Y aquí sería conveniente acotar algo notable, que algún día analizaremos tomando como ejemplos distintas obras románticas, tanto europeas como hispanoamericanas. Se ha dicho (y puede esto verse en distintas historias de la literatura) que el realismo comienza con el romanticismo, que sus raíces están allí. ¿Cómo es el realismo de *María*? Ya hemos indicado que el mundo costumbrista, el de los esclavos, bogadores, capa-